



ANDREW MORTON

DIANA

Su verdadera historia En sus propias palabras

DIANA

Su verdadera historia,
en sus propias palabras

ANDREW MORTON

TRADUCCIÓN DE
FERNANDO GARÍ

SUMARIO

Agradecimientos	7
Agradecimientos por las fotografías.....	9
Prólogo	11
Diana, princesa de Gales, en sus propias palabras	35
Diana, su verdadera historia.	107
Capítulo 1. Se suponía que yo iba a ser niño	109
Capítulo 2. «Sencillamente, llámame “Señor”»	141
Capítulo 3. Mi corazón estaba lleno de grandes esperanzas .	171
Capítulo 4. Mis gritos pidiendo ayuda.....	187
Capítulo 5. Cariño, creo que me voy a desmayar	207
Capítulo 6. Mi vida ha tomado otro rumbo	221
Capítulo 7. Yo no les toco las narices.....	243
Capítulo 8. Lo he hecho lo mejor que he podido.....	275
Diana, su verdadera historia. Las secuelas.	289
Capítulo 9. Nos habíamos quedado sin fuerzas	291
Capítulo 10. Mi carrera de actriz ha acabado.....	307
Capítulo 11. Voy a ser yo misma	325

Capítulo 12. Dime que sí..... 343
Capítulo 13. La princesa del pueblo 361
Epílogo..... 379
Índice 399

DIANA, PRINCESA DE GALES, EN SUS PROPIAS PALABRAS

Nota del editor: las palabras que siguen han sido seleccionadas y editadas a partir de una larga serie de entrevistas grabadas en 1991-1992 por Diana, princesa de Gales, para Andrew Morton y publicadas bajo el título de *Diana: su verdadera historia*.

INFANCIA

[Mi primer recuerdo] es el olor del interior de mi cochecito. Era de plástico y olía a capota. Nací en casa, no en el hospital. El mayor trastorno fue cuando mamá decidió largarse de casa. Ese es el recuerdo más vívido que tenemos los cuatro. Todos tenemos nuestras propias interpretaciones de lo que debería haber pasado y de lo que pasó. La gente tomó partido. Algunos dejaron de hablarse. Para mi hermano y para mí fue una experiencia muy confusa y dolorosa.

Charles [su hermano] me dijo el otro día que no se había dado cuenta de lo mucho que le había afectado el divorcio hasta que se casó y empezó a tener su propia vida. En cuanto a mis hermanas, crecieron fuera de nuestra vista. Las veíamos en vacaciones. No recuerdo que fuera gran cosa.

Idolatraba a mi hermana mayor y solía lavarle la ropa cuando volvía del colegio. Le hacía la maleta, le preparaba el baño, le hacía la cama... todo. Lo hacía todo y me parecía maravilloso. Pronto aprendí que hacer eso no era tan buena idea. En realidad, siempre cuidé de mi hermano. Mis dos hermanas eran muy independientes.

Tuvimos muchos cambios de niñera, porque papá pasó a ser un divorciado muy atractivo y un cebo estupendo para cualquiera. Si las niñeras no nos gustaban, les clavábamos alfileres en la silla y les tirábamos la ropa por la ventana. Siempre pensamos que eran una amenaza porque intentaban quitarle el puesto a mamá. Todas eran muy jóvenes y bastante guapas. Las elegía mi padre. Era terriblemente perturbador volver un día del colegio y encontrarme con una nueva niñera.

Siempre me sentí muy diferente de los demás, muy distante. Sabía que iba a un sitio distinto, pero no tenía ni idea de adónde. Cuando tenía trece años le dije a mi padre: «Sé que me voy a casar con alguien conocido», pensando más bien en ser la esposa de un embajador o algo así, pero no alguien de primer rango. Tuve una infancia muy desdichada. Mis padres estaban ocupados arreglándoselas entre ellos. Siempre veíamos llorar a nuestra madre. Papá nunca nos habló de ello. Nunca pudimos hacer preguntas. Demasiados cambios de niñeras, muy inestable y todo eso. Por lo general, me sentía triste y muy distante de los demás.

A los catorce años recuerdo que pensaba que no era muy buena en nada, que era un caso perdido porque mi hermano siempre era el que aprobaba los exámenes en el colegio y yo era la que abandonaba. No entendía por qué parecía ser una molestia tenerme cerca. Es algo que, en años posteriores, he comprendido que estaba relacionado con el hijo, el niño que murió antes de nacer yo. Era un varón, y ambos [padre y madre] estaban locos por tener un varón y un heredero, pero va y resulta que lo que llega es una tercera niña. Y todo es en plan qué aburrimiento, vamos a tener que volver a intentarlo. Ahora lo he asimilado. Soy consciente de la situación y lo entiendo. Está bien y lo acepto.

De pequeña adoraba los animales, las cobayas y todo eso. Tenía un montón de conejos, cobayas y hámsteres. Los hámsteres se

reproducen más rápido que la mayoría; nunca conseguí que los sexaran. Todos tenían nombre, pero no recuerdo el primero. Teníamos un sinfín de animales. [Cuando morían] los peces de colores se tiraban por el retrete. Los conejos siempre los enterrábamos bajo un árbol. Los despedíamos en una caja de zapatos Clarks.

Siempre me sentí muy diferente de los demás,
muy distante. Sabía que iba a un sitio distinto,
pero no tenía ni idea de adónde.

En mi cama tenía veinte animales de peluche, de modo que el espacio que quedaba para mí era escaso. Eso sí, tenían que estar encima de mi cama todas las noches.

Los adoraba a todos. Llevaban una etiqueta con mi nombre, la misma de preparatoria: «D. Spencer».

Esa era mi familia. Odiaba la oscuridad, tenía obsesión con la oscuridad. Hasta que cumplí los diez años siempre debí tener una luz encendida fuera de mi puerta. Solía oír a mi hermano llorando en su cama en el otro extremo de la casa, llorando por mi madre y porque él también era infeliz. Y a mi padre, justo en el otro extremo de la casa, y siempre era muy difícil. Nunca me atrevía a salir de la cama. Lo recuerdo todavía hoy.

Recuerdo ver a mi padre abofetear a mi madre. Yo me escondía detrás de la puerta y mamá lloraba. Recuerdo que mamá lloraba muchísimo, y todos los sábados, cuando subíamos a pasar el fin de semana, todos los sábados por la noche, se ponía a llorar. Era como el procedimiento habitual. Los sábados la veíamos llorar. «¿Qué te pasa, mamá?» «Ay, pues que no quiero que te vayas mañana.» Para una niña de nueve años eso era demoledor. Recuerdo la decisión más angustiada que tuve que tomar. Iba a ser una de las damas de honor en la boda de mi prima hermana y para asistir al ensayo tenía que ir elegante y llevar un vestido. Mi madre me dio un vestido verde, pero mi padre me había dado uno blanco, y los dos eran muy elegantes. No recuerdo ahora con cuál me quedé,

pero recuerdo que me traumatizó totalmente porque, eligiera el que eligiese, demostraría favoritismo hacia uno de los dos.

.....
 Recuerdo ver a mi padre abofetear a mi madre.

Recuerdo que hubo una gran discusión sobre que un juez iba a venir a verme a Riddlesworth [la escuela preparatoria de Diana] para preguntarme con quién preferiría vivir. El juez nunca apareció. Sin embargo, mi padrastro [el difunto Peter Shand Kydd] entró repentinamente en escena. Charles y yo, mi hermano y yo, fuimos a Londres, y le pregunté a mamá: «¿Dónde está? ¿Dónde está tu nuevo marido?». «Está en la máquina validadora», y allí estaba ese hombre tan guapo y apuesto al que ansiábamos amar y al que aceptamos y se portó genial con nosotros, nos mimó muchísimo. Fue muy agradable que me mimaran, porque [mis] padres no eran muy partidarios de eso. [Peter] se mantuvo al margen [de los problemas]. Era un poco maníaco, bueno, lo sigue siendo, un poco maníacodepresivo. Es su peor enemigo. Así que cuando estaba de mal humor nos manteníamos al margen. Si se enfadaba, se enfadaba. Sin embargo, nunca fue un problema.

Básicamente, Charles y yo nos moríamos de ganas de independizarnos, de desplegar nuestras alas y hacer nuestra vida. Nos habíamos vuelto unos bichos raros en el colegio porque teníamos padres divorciados y nadie más los tenía en ese momento, pero cuando terminamos nuestros cinco años en la escuela preparatoria todo el mundo los tenía. Yo siempre fui diferente. Siempre tuve dentro de mí esa cosa de que era diferente. No sabía por qué. Ni siquiera podía hablar de ello, pero en mi mente estaba ahí.

El divorcio me ayudó a relacionarme con cualquier otra persona que tuviera problemas en su vida familiar, ya fuera el síndrome del padrastro o de la madre o lo que sea, lo entiendo. He pasado por eso.

Siempre me he llevado muy bien con todo el mundo. Fuera el jardinero, la policía local o cualquier otro, iba a hablar con

ellos. Mi padre continuamente decía: «Trata a todo el mundo como a una persona y nunca te pases de la raya».

Mi padre solía sentarnos cada Navidad y cada cumpleaños y teníamos todo el día para escribir nuestras cartas de agradecimiento. Y ahora, si no lo hago, me entra el pánico. Si vuelvo de una cena o de algún sitio que necesite una carta, a medianoche me siento y la escribo allí mismo y no espero a la mañana siguiente porque me remordería la conciencia. Y Guillermo también lo hace ahora. Es genial. Es agradable que la otra parte lo aprecie.

Siempre nos mandaban a Sandringham [la residencia de la reina en Norfolk] de vacaciones. Allí nos ponían *Chitty Bang Bang*, la película. Aquello no nos gustaba nada. Yo odiaba ir. El ambiente era siempre muy raro, y yo solía dar patadas y pelearme con cualquiera que intentara obligarnos, pero papá insistía mucho porque no ir era una grosería. Dije que no quería ver *Chitty Chitty Bang Bang* por tercer año consecutivo. Las vacaciones eran siempre muy penosas porque, si teníamos cuatro semanas, dos las teníamos que pasar con mamá y dos con papá. Era un trauma tener que ir de una casa a otra y encontrarte con que tus padres intentan, cada uno por su lado, hacer méritos y compensarte con cosas materiales en lugar de darte lo que importa de verdad, que es lo que ambos ansiábamos, pero ninguno de los dos conseguía nunca. Cuando digo ninguno de los dos, me refiero a que mis otras dos hermanas estaban ocupadas en la escuela preparatoria y más o menos fuera de casa, mientras que mi hermano y yo estábamos muy unidos.

Obviamente, los cumpleaños eran un regalo. Mi padre trajo una vez un dromedario para que nos diera paseos por el jardín. Lo consiguió en el zoo de Bristol. Los cumpleaños siempre eran un buen momento. A papá le encantan las fiestas, pero no lo de abrazarse ni estrecharse. De lo otro, en cambio, siempre había mucho.

Siempre quise un cochecito para mi cumpleaños, y muñecas. Me encantaban las muñecas y los cochecitos. Y coleccionaba piezas de porcelana. Todo tipo de cosas de cuentos de hadas, y pequeños conejos. Quiero decir, cualquier cosa que fuera pequeña era maravillosa en lo que a mí respecta.

EL COLEGIO

Me encantaba [su escuela preparatoria, Riddlesworth Hall]. Sin embargo, me sentía rechazada porque estaba ocupada cuidando de mi padre la mayor parte del tiempo y, de repente, me daba cuenta de que iba a estar lejos de él, así que solía amenazarlo en plan: «Si me quieres, no me dejarás aquí», algo muy poco amable en aquel momento. En realidad, me encantaba estar en la escuela. Era muy traviesa, siempre quería reírme y hacer el tonto en lugar de quedarme sentada entre las cuatro paredes del aula.

[Recuerdo las obras de teatro] y la emoción de maquillarme. Era una de esas representaciones de Navidad. Yo era uno de los personajes que iban a rendir homenaje al niño Jesús. En otra era una muñeca holandesa o algo así. Mi gran momento. Pero nunca me presenté para hablar en una obra. Nunca leí las lecciones en voz alta en la escuela. Lo hacía todo en silencio. Si me pedían alguna cosa, mi condición era que lo haría si no tenía que hablar.

[Mi primer trofeo deportivo] fue por saltar del trampolín. Lo gané cuatro años seguidos. Siempre ganaba todas las copas de natación y de salto. Gané todo tipo de premios a la cobaya mejor cuidada, quizá porque la mía era la única cobaya de la sección de cobayas.

.....
Casi me expulsan porque una noche alguien
me dijo: «¿Te atreves a un reto?».

Pensé: «¿Por qué no? La vida es tan aburrida».

.....

En el colegio solo podíamos tener un animal en la cama. Yo tenía un hipopótamo verde y le pinté los ojos de color luminoso para que por la noche –odiaba la oscuridad– pareciera que me estaba mirando.

Casi me expulsan porque una noche alguien me dijo: «¿Te atreves a un reto?». Pensé: «¿Por qué no? La vida es tan aburrida». Así que me enviaron a las nueve de la noche al final del camino, que tenía ochocientos metros de largo y estaba completamente oscuro.

Tuve que ir a buscar unos dulces a la puerta de casa de alguien. Polly Phillimore, creo que se llamaba. Llegué allí y no había nadie.

Me escondí detrás de la verja mientras entraban los coches de policía. No pensé en nada más. Vi encenderse todas las luces del colegio. Volví, aterrorizada, para encontrarme con que una imbécil en mi habitación decía que tenía apendicitis. Luego preguntaron: «¿Dónde está Diana?». «No sé adónde ha ido.»

Llamaron a mis padres, que entonces estaban divorciados. Mi padre estaba encantado, y mi madre dijo: «No pensé que lo hubieras heredado». Nada de regañinas. Muchas chicas también lo habían hecho las noches anteriores —creo que habían quedado con chicos o algo así— y las expulsaron. Pasaban todo tipo de cosas en el grupo, y yo solo me uní a ellas por un poco de emoción. Tendría once o doce años.

La historia me fascinaba... Tudor y los Estuardo, los adoraba. Pensar que toda esa gente vivió hace tantos años. Nunca imaginé que acabaría metida en el sistema y saliendo en los libros.

Comía, comía y comía. Siempre era la gran broma: hagamos que Diana desayune tres arenques y seis rebanadas de pan, y yo lo hacía.

Mi hermana [Jane] era doña prefecta en la escuela de West Heath. En cambio, yo fui bastante horrible durante el primer trimestre. Me convertí en una abusona porque me parecía maravilloso tener a mi hermana como prefecta. Me sentía muy importante, pero en el segundo trimestre todos me pusieron en mi sitio, todas las personas con las que me porté fatal, y en el tercero ya estaba completamente tranquila y calmada.

Recuerdo la comida. ¡Terrible! La comida era asquerosa. Había una sala enorme que acababan de construir. Solía escabullirme por la noche, cuando estaba todo oscuro, y ponía mi música y hacía *ballet* allí, en esa sala enorme, durante horas y horas, y nadie me encontró nunca. Todos mis amigos sabían dónde estaba cuando me escabullía y eso siempre liberaba una tensión tremenda en

mi cabeza. Ahora lo reconozco, pero en aquel momento me parecía una buena idea.

Me gustaban todas las asignaturas. La Historia me fascinaba. Me encantaban los Tudor y los Estuardo. Pensar que toda esa gente vivió hace tantos años. Nunca imaginé que acabaría metida en el sistema y apareciendo en los libros. En Literatura me encantaban *Far from the Madding Crowd* y *Pride and Prejudice*. Pero en los niveles ordinarios te asediaban tanto con cada línea que se convertían en un dolor de cabeza más que en un placer. Me apunté a cinco... y los suspendí todos. Ni siquiera un aprobado. Recuerdo que cuando escribía redacciones eran diez veces más extensas de lo que pedían. Simplemente la pluma fluía. Una palabra detrás de otra.

Pero no pensaba que acabaría en un lugar donde tendría que usar toda la información. Pensaba que era parte del curso, que simplemente lo aprendías. Si pudiera estudiar un tema ahora, sería sobre las personas. La mente. Definitivamente la mente. Me encantaría estudiar Psicología.

En la escuela tocaba el piano. Me encantaba el piano. Bailaba claqué, que también me entusiasmaba, y el tenis, el *hockey*, de todo. Además, fui capitana del equipo de *netball* por mi altura. Era una de las más altas. Me gustaba estar al aire libre, visitar a los ancianos e ir al manicomio local una vez a la semana. Me gustaba mucho. Fue una especie de introducción para cosas más grandes. Luego, cuando llegué al instituto, todas mis amigas tenían novio, pero yo no, porque de alguna manera sabía que tenía que mantenerme muy centrada para lo que fuera que el destino me reservara.

Tenía más amigas que amigos. Siempre andaba con chicas más que con chicos. Pero, en realidad, no tenía amistades demasiado duraderas.

No fui una buena niña, era muy diablillo. Siempre buscaba problemas, y, sí, era popular. Si no contestaba en clase, era solo porque no sabía las respuestas, pero siempre sabía cómo comportarme. Había momentos para que ser tranquila y otros para ser ruidosa.

Era muy enamoradiza, me enamoraba de todo el mundo, especialmente de los novios de mis hermanas. Si ellas les daban

calabazas, yo les daba una oportunidad a mi estilo. Lo sentía mucho por ellos porque eran muy simpáticos, pero no había nada que hacer. De todos modos, eso fue un error garrafal.

MUDANZA A ALTHORP

Cuando tenía trece años, nos mudamos a Althorp, en Northampton. Fue un golpe terrible dejar Norfolk, porque allí vivían todas las personas con las que me había criado. Tuvimos que hacerlo porque murió el abuelo y la vida dio un giro de ciento ochenta grados. Mi madrastra, Raine, apareció en escena, supuestamente de incógnito. Solía hacerse la encontradiza con nosotros, aparecía como por casualidad, se sentaba y nos hacía regalos, pero a todos nos caía fatal porque pensábamos que nos iba a quitar a papá. En realidad, ella sufría por lo mismo.

Era muy lista y quería casarse con papá. Ese era su objetivo y punto. Me he mordido la lengua durante años y años, pero hace dos septiembres [1989] mi hermano se casó y le dije lo que pensaba de ella. Nunca había sentido tanta rabia dentro de mí. ¡Mi madrastra y mi padre fueron tan groseros con mi madre durante el ensayo, antes de la boda de Charles! Se negaron a hablar con ella, incluso sentándose a su lado en un banco. Yo pensaba que, aunque solo fuera por un día, por el bien de mi hermano, podíamos comportarnos como adultos y llevarnos bien. Me parecía increíble, de modo que me encargué de ventilar las quejas de todos en mi familia. Y fue muy difícil. Mi padre no me habló durante seis meses. Raine no me habla ahora. Pero defendí a mamá, y mi madre dijo que era la primera vez en veintidós años que alguien la defendía. Solté todo lo que llevaba dentro. Raine dijo: «No tienes ni idea del dolor que tu madre ha hecho pasar a tu padre». Le contesté: «¿Dolor, Raine? Esa es una palabra cuyo significado se te escapa por completo. En mi trabajo y en mi función veo a la gente sufrir como nunca has visto, ¿y llamas a eso dolor? Tienes mucho que aprender». Recuerdo que fui a tirarme al cuello, estaba muy enfadada. Le dije: «¡Te odio tanto! ¡Si su-

piernas cuánto te odiamos todos por lo que has hecho! Has arruinado la casa, te gastas el dinero de papá y ¿para qué?».

LA ENFERMEDAD DEL PADRE DE DIANA

Tuvo una hemorragia, una hemorragia cerebral. Sufría dolores de cabeza, y tomaba Disprins, pero no se lo decía a nadie. Tuve la premonición de que iba a enfermar mientras estaba en casa de unos amigos en Norfolk. Me preguntaron: «¿Cómo está tu padre?» y yo les dije: «Tengo la extraña sensación de que le va a dar un ataque y, si muere, morirá inmediatamente; si no, sobrevivirá». Me oí a mí misma decir esto y no pensé nada más. Al día siguiente sonó el teléfono y le dije a la señora: «Se trata de papá, ¿no?». Y así era. Se había desmayado. Estaba extrañamente tranquila. Volví a Londres, fui al hospital y vi que papá estaba gravemente enfermo. Me dijeron: «Va a morir». Había sufrido una hemorragia cerebral. Entonces vimos la otra cara de Raine, que no habíamos previsto. Básicamente nos bloqueó el acceso al hospital. No nos dejaba ver a papá. Mi hermana mayor se encaró con ella y a veces iba a verle, pero él no podía hablar porque le habían hecho una traqueotomía, así que no podía preguntar dónde estaban sus otros hijos. Dios sabe lo que pensaba, porque nadie se lo decía. En fin, mejoró y básicamente le cambió el carácter. Antes era una persona y después era otra. Desde entonces se ha mantenido distante, pero me adora. Si viene a verme o si no viene. Ya no es mi problema. Es el suyo.

.....
 Ser el tercero en la línea de sucesión era una muy buena posición. Me salí con la mía. Yo era la favorita de mi padre, no hay duda de eso.

SOBRE SU HERMANO

Siempre lo he visto como el cerebro de la familia. Sigo viéndolo así. Tiene diplomas y cosas de esas. Pero si hablamos de cómo afrontar situaciones y cómo tratar con la gente, entonces no lo es tanto. Creo que mi hermano, siendo el más joven y el único varón, era bastante valorado, porque Althorp es un lugar grande. Recuerda que yo era la chica que se suponía debía haber sido chico. Ser la tercera en la línea de sucesión era una muy buena posición. Me salí con la mía. Yo era la favorita de mi padre, de eso no hay duda. ¿Sabes que no me ha hablado desde julio? Increíble. Y no me ha dado un regalo de cumpleaños, nada. Dice que se va a París a comprar uno. Cree que llamándome y diciendo que se va a París me voy a emocionar. No quiero un regalo de París. Solo quiero verlo. En fin, no es el mismo desde que tuvo esa hemorragia.

Aunque anhelaba ser igual de buena que Charles en la escuela, nunca tuve celos de él. Lo comprendo bien. Es bastante maduro en algunos aspectos, pero bastante inmaduro en otros, pero eso es de esperar. Por el amor de Dios, solo tiene veintiocho años. Es muy parecido a mí, a diferencia de mis dos hermanas. Lo entiendo, es un grande. Charles siempre sufrirá, porque es como yo. Hay algo en nosotros que atrae ese aspecto. En cambio, mis dos hermanas viven tan tranquilas y felices siendo ajenas a ese tipo de situaciones.

ESCUELA PARA SEÑORITAS

Sé que cuando fui a la escuela para señoritas [el Institut Alpin Videmanette, de Suiza] escribí algo así como ciento veinte cartas durante el primer mes. Me sentía tan infeliz y tan fuera de lugar que no hacía más que escribir y escribir. Aprendí a esquiar, pero no me llevaba muy bien con los demás. Era demasiado claustrofóbico para mí, aunque estuviera en las montañas. Estuve un trimestre entero. Cuando me enteré de lo que costaba enviarme

allí, les dije a mis padres que era tirar el dinero. Por lo que me mandaron de vuelta.

Mis padres me dijeron: «No puedes instalarte en Londres hasta que tengas dieciocho años, no puedes tener un piso hasta que tengas dieciocho años». Así que me fui a trabajar con una familia de Headley, en Hampshire, Philippa y Jeremy Whitaker. Cuidé de su hija, Alexandra, y viví con ellos como parte de la familia. Estuvo bien. Me moría de ganas de ir a Londres porque pensaba que la vida allí tenía que ser mejor.

DE SOLTERA EN LONDRES

Era agradable compartir un piso con otras chicas. Me encantaba, era genial. Me partía de risa allí. Me dedicaba a lo mío. No me interesaba tener una agenda muy ocupada. Me encantaba estar sola, como ahora. Un gran placer.

.....
Compartir un piso con las chicas. Me encantaba, era genial.
Me partía de risa.
.....

[Sobre sus trabajos de niñera.] A menudo, los que me contrataban eran gente bastante deprimente, unos carcas, como los llamaba yo. Mis hermanas me enviaban con todo tipo de gente porque sus amigos se reproducían rápidamente. Me mandaban fuera todo el tiempo, y era la felicidad. Solve Your Problems [una agencia de empleo] me encargaba trabajos de limpieza, pero nunca nadie me dio las gracias por ello. Pero eso solo era un complemento para los martes y jueves, porque los lunes, miércoles y viernes trabajaba en una guardería. Así que tenía dos trabajos, lo cual era estupendo.

Hice un curso de cocina en Wimbledon con la señora Russell, que es francesa. Me gustó bastante, pero también era un poco carca. Engordé terriblemente porque no podía dejar de meter los dedos en la comida y acabaron sancionándome por eso.

No era la idea que yo tenía de lo que significa divertirse, pero mis padres querían que lo hiciera. En aquel momento, me pareció una alternativa mejor que estar detrás de una máquina de escribir. ¡Y encima me dieron un diploma!

ENCUENTRO CON EL PRÍNCIPE DE GALES

La conozco [a la reina] desde que era pequeña, así que no fue gran cosa. Nunca tuve ningún interés ni en Andrés ni en Eduardo, nunca me fijé en Andrés. No dejaba de pensar: «Mira qué vida llevan, qué horror». Recuerdo que Carlos vino a Althorp a pasar unos días, y mi primera impresión fue: «Dios, qué hombre más triste». Llegó con su labrador [Harvey]. Mi hermana no dejaba de agobiarlo con sus atenciones, y pensé: «Dios, seguro que a él no le gusta nada». Me mantuve al margen. Recuerdo que entonces yo era una chica gorda, rechoncha, sin maquillaje y poco inteligente, pero alborotaba mucho y a él le hacía gracia eso. Después de cenar, se me acercó, nos echamos un gran baile y me dijo: «¿Me enseñas la galería?». Estaba a punto de enseñarle la galería, pero mi hermana Sarah se acercó y me dijo que me largara. Le respondí: «Al menos, déjame decirte dónde están los interruptores de la galería porque no lo sabrás», y desaparecí. Al día siguiente, cuando me puse a su lado, se mostró encantador, y yo me quedé asombrada de que alguien así prestara atención a una chica de dieciséis años. ¿Por qué alguien como él iba a interesarse por mí? Y es que era interés de verdad. Las cosas no fueron a más durante un par de años. Lo vi alguna vez cuando salió con Sarah, y Sarah se entusiasmó muchísimo con todo el asunto, luego vio que pasaba algo diferente que yo no había captado. Me refiero a que cuando él celebró su treinta cumpleaños con un baile, me invitaron a mí también.

«¿Por qué viene Diana también?», preguntó mi hermana. Le contesté: «Bueno, no lo sé, pero me gustaría ir». «Ah, entonces vale», ese tipo de cosas. Me lo pasé muy bien en el baile, fue fas-

cinante. No me intimidó en absoluto el entorno [el palacio de Buckingham]. Me pareció un lugar increíble.

En julio de 1980, Philip de Pass, que es el hijo de los De Pass, me pidió que me quedara en Passes. «¿Te gustaría venir y quedarte un par de noches en Petworth? Hemos invitado al príncipe de Gales, tú eres joven y podrías divertirle.» Así que dije OK. Me senté a su lado y, cuando Carlos entró, se puso en plan todo atenciones hacia mí; otra vez me pareció muy extraño y pensé: «Bueno, esto no está bien». Creía que los hombres no debían ser tan obvios y eso me pareció muy raro. La primera noche nos sentamos en unas balas de paja, durante la barbacoa. Él acababa de cortar con Anna Wallace. Le dije: «Parecías muy triste cuando subiste al altar, en el funeral de lord Mountbatten. —Y añadí—: Fue la cosa más trágica que he visto nunca. Mi corazón sangró por ti cuando lo vi. Pensé: “Esto no está bien, está solo, debería estar con alguien que lo cuide”».

.....

Recuerdo que Carlos vino a Althorp a pasar unos días,
y el primer impacto fue:
«Dios, qué hombre más triste».

.....

Al minuto siguiente se abalanzó prácticamente sobre mí. Era todo muy raro. No sabía muy bien cómo afrontar todo aquello. De todos modos, hablamos de muchas cosas y eso fue todo. «Frígida» no era la palabra. Una gran «F» cuando se trata de eso. Me dijo: «Tienes que venir a Londres conmigo mañana. Tengo tareas que hacer en el palacio de Buckingham, debes venir a trabajar conmigo». Pensé que era demasiado. Le dije: «No, no puedo». Pensaba: «¿Cómo voy a explicar mi presencia en el palacio de Buckingham cuando se supone que estoy con Philip?». Luego me invitó a Cowes, en el Britannia. Allí había muchos amigos mayores y me sentí muy intimidada, pero se me echaron encima y me colmaron de atenciones, incluso demasiadas. Me sentí muy extraña con todo el asunto; obviamente alguien se estaba yendo de la lengua.

Y no hacía más que entrar y salir, luego fui a pasar unos días con mi hermana Jane, en Balmoral, donde Robert [Fellowes, marido de Jane] era secretario privado adjunto [de la reina]. Estaba aterrorizada porque nunca me había alojado en Balmoral y quería hacerlo bien. Los nervios previos fueron peores que la estancia. Una vez que entras por la puerta principal no pasa nada. ¡Tenía una cama individual normal! Es en serio. Ahora tengo una cama doble, pero es como una individual. Siempre he hecho y deshecho mis maletas yo sola. Ahora, obviamente, no, porque no tengo tiempo, pero siempre me ha horrorizado que Carlos lleve veintidós piezas de equipaje. Eso sin contar todas las demás cosas. Yo siempre llevo cuatro o cinco. Me daba bastante vergüenza.

Me quedé en el castillo por el interés de la prensa. Lo consideraron una buena idea. Camilla y su marido estaban allí siempre que yo iba de visita. Yo era la más joven de todos. Charles me llamaba y me decía: «¿Te gustaría venir a dar un paseo o a una comida campestre?». Y yo le contestaba: «Sí, por favor». Pensaba que todo esto era maravilloso.

CORTEJO

A partir de ahí, la cosa fue a más, y la prensa ya no soltó el tema. La vida en mi piso compartido se volvió simplemente insoportable, pero mis tres amigas eran maravillosas, con una lealtad inquebrantable. La sensación [en Sandringham] era que yo quería que el príncipe Carlos se diera prisa y se decidiera de una vez. La reina estaba harta. Me escribió desde Klosters y luego me llamó por teléfono y me dijo: «Tengo algo muy importante que preguntarte». Mi instinto de mujer me dijo de qué se trataba. Me quedé despierta toda la noche, con mis amigas, diciendo: «¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer?».

Para entonces ya me había dado cuenta de que había alguien más a su alrededor. Me había quedado en Bolehyde [Manor] con los Parker Bowles muchas veces y no entendía por qué ella [Camilla] me decía: «No lo obligues a hacer esto, no insistas».

Ella estaba al tanto de todo lo que él hacía en privado y de lo que nosotros hacíamos en privado. Yo no entendía porque nos quedábamos en Broadlands. Al final, descubrí todo el pastel, y la gente estuvo dispuesta a hablar conmigo.

.....
 .. me dijo: «¿Quieres casarte conmigo?» y yo me reí. Recuerdo que pensé: «Esto es una broma», y dije: «Sí, vale», y me reí.

De todos modos, al día siguiente fui a Windsor y llegué a eso de las cinco y él me hizo sentar y me dijo: «Te he echado mucho de menos». Pero nunca hubo nada cálido en él. Era increíble, pero yo no tenía nada en lo que basarme porque nunca había tenido novio. Siempre los había mantenido alejados, pensaba que no daban más que problemas. No podía manejarlo emocionalmente, estaba muy jodida, pensaba. Entonces me dijo: «¿Quieres casarte conmigo?». Y yo me reí. Recuerdo que pensé: «Esto es una broma», y dije: «Sí, vale», y me reí. Él hablaba muy en serio. Dijo: «¿Te das cuenta de que un día serás reina?». Y una voz me dijo por dentro: «No serás reina, pero tendrás un papel difícil». Así que pensé, vale y dije: «Sí». Le dije: «Te amo mucho, te amo mucho». Él contestó: «Bueno, sea lo que sea lo que signifique amar». Eso fue lo que me dijo entonces. ¡Pensé que era fabuloso! ¡Pensé que lo decía en serio! Luego corrió escaleras arriba y llamó a su madre.

En mi inmadurez, que era enorme, creí que estaba muy enamorado de mí, y lo estaba. Sin embargo, siempre tenía una especie de mirada encandilada, pero no era auténtica. «¿Quién era esta chica tan diferente?» Pero él no podía entenderlo porque su inmadurez era bastante grande en ese aspecto también. Para mí fue como una llamada del deber, de verdad. Ir y trabajar con la gente.

Volví [al piso] y me senté en la cama. «Chicas, ¿adivináis qué?» Me preguntaron: «¿Te lo ha pedido? ¿Qué has dicho?». Y yo contesté: «He dicho que sí, por favor». Gritaron y aullaron y nos fuimos a dar una vuelta por Londres con nuestro secreto.

Llamé a mis padres a la mañana siguiente. Papá estaba encantado. «Qué maravilla.» Mamá estaba encantada. Recuerdo que se lo conté a mi hermano y me dijo: «¿Quién dices que ha sido?».

.....

Nos fuimos enamorando poco a poco. No fue algo realmente espectacular. Habría bastado con un parpadeo y todo se habría desvanecido.

.....

Dos días después me fui a Australia tres semanas para asentarme y organizar listas y cosas con mi madre. Fue un completo desastre porque yo me moría por él, pero él nunca me llamaba. Me pareció muy extraño, siempre que yo lo llamaba estaba fuera y nunca me devolvía la llamada. Pensé: «Vale, no pasa nada». Estaba siendo generosa: «Está muy ocupado, esto, lo otro y lo de más allá». Volví de Australia y alguien llamó a mi puerta, alguien de su oficina, con un ramo de flores. Supe que no eran de Carlos al ver que no llevaban ninguna nota. Era solo que alguien de su oficina estaba siendo muy cortés.

Nos fuimos enamorando poco a poco. No fue nada espectacular. Habría bastado con un parpadeo y todo se habría desvanecido.

EL ACOSO DE LA PRENSA

Entonces la cosa empezó a ir a más y la prensa estaba siendo insoportable, siguiendo cada uno de mis movimientos. Yo sabía que era su trabajo, pero la gente no entendía que me estuvieran vigilando con prismáticos todo el tiempo. Alquilaron el edificio de enfrente, en Old Brompton Road, que era una biblioteca que daba a mi dormitorio, y eso no era justo para las chicas. No podía descolgar el teléfono por si algún familiar se ponía enfermo por la noche y no podían atenderlos. Los periódicos solían llamarme a las dos de la madrugada, porque iban a publicar otra noticia: «¿Podría confirmarla o desmentirla?».

[En una ocasión, en Balmoral], vi a la prensa, así que le dije a Carlos: «Tengo que quitarme de en medio, porque si me quedo será peor». Así que subí, subí, subí, subí hasta la orilla y me quedé sentada detrás de un árbol durante una buena media hora, mientras Carlos se quejaba y pescaba un montón. En lugar de enseñar mi cara, pensé en sacar mis polvos de maquillaje [para echarles un vistazo].

Suspendí una vez [el examen de conducir] y lo conseguí a la segunda. Con los medios de comunicación siempre me aseguraba de pasar justo cuando el semáforo se ponía en rojo, así se quedaban atascados. A veces iba en bicicleta. Me perseguían por todas partes. Hablamos de treinta periodistas, no de dos. Mi abuela me dijo: «¿Quieres que te preste mi coche un fin de semana? No paran de seguir tu Metro». Así que le tomé prestado su Golf plateado.

Una vez tuve que salir de Coleherne Court para ir a quedarme con él [el príncipe Carlos] en Broadlands. De modo que salí por la ventana de la cocina, que da a una calle lateral, con una maleta.

Siempre era educada y cortés. Nunca era grosera y nunca gritaba. Eso sí, lloraba como un bebé entre mis cuatro paredes. No podía soportarlo. Lloraba porque no recibía ningún apoyo de Carlos ni de la oficina de prensa de palacio. Se limitaron a decirme: «Arréglatelas sola», así que pensé: «Vale».

[El príncipe Carlos] no me apoyó en absoluto. Cada vez que me llamaba decía: «Pobre Camilla. He hablado con ella por teléfono esta noche y dice que hay mucha prensa en Bolehyde. Lo está pasando muy mal». Nunca me quejé de la prensa porque no creía que fuera mi deber hacerlo. Yo le preguntaba: «¿Cuántos periodistas hay?». Y él me decía: «Al menos cuatro». Y yo pensaba: «¡Dios mío, aquí hay treinta y cuatro!», pero nunca se lo dije.

.....
 La noche antes del compromiso, el policía que tenía asignado me dijo: «Solo quiero que sepas que esta es tu última noche de libertad por resto de tu vida, así que aprovéchala al máximo».

Me di cuenta de que tenía una especie de determinación interior para sobrevivir. De todos modos, gracias a Dios, se anunció [el compromiso] y antes de que me diera cuenta, estaba en Clarence House [la residencia londinense de la reina madre]. No apareció nadie para darme la bienvenida. Era como entrar en un hotel. Entonces todo el mundo me preguntó: «¿Por qué estás en Clarence House?». Y yo respondí que me habían dicho que me esperaban en Clarence House. Había salido de mi piso por última vez y de repente iba con escolta. La noche antes del compromiso, el policía que me habían asignado me dijo: «Solo quiero que sepas que esta es tu última noche de libertad por resto de tu vida, así que aprovéchala al máximo». Fue como si me clavaran una espada en el corazón. Pensé: «Ay, Dios», y luego solté una risita como una niña inmadura.

Faltaban unos tres días para que fuéramos a palacio [desde Clarence House]. En Clarence House recuerdo que por la mañana me despertó una señora mayor, muy amable, que me trajo todos los papeles sobre el compromiso y los puso sobre mi cama.

CASARSE EN LA FAMILIA REAL

Mi abuela [Ruth, la difunta lady Fermoy] siempre me decía: «Cariño, debes entender que su sentido del humor y su estilo de vida son diferentes y no creo que te convengan».

LOS ATRACTIVOS DE CONVERTIRSE EN PRINCESA

Ya ves, yo tenía una vida estupenda. Era lady Diana Spencer, vivía en una gran mansión y tenía mi propio dinero. Así que no era como para buscar una vida diferente.

ELIGIENDO EL ANILLO DE COMPROMISO

Un día llegó un maletín con el pretexto de que [el príncipe] An-

drés iba a recibir un anillo de sello por su veintiún cumpleaños y aparecieron esos zafiros. Eran auténticas pepitas. Supongo que lo elegí yo, pero todos contribuimos. Lo pagó la reina.

ESE VESTIDO NEGRO

Recuerdo muy bien mi primer compromiso [real]. Estaba muy emocionada. Conseguí ese vestido negro de los Emanuel y pensé que estaba bien porque las chicas de mi edad llevaban ese tipo de vestidos. No me había dado cuenta de que ahora me consideraban una dama de la realeza, aunque solo tenía un anillo en el dedo, en lugar de dos. Recuerdo que entré en el despacho de mi futuro marido y me dijo: «No pensarás ir con ese vestido, ¿verdad?». Le contesté: «Sí, voy a ir». Y él dijo: «¡Es negro! Pero si solo la gente de luto va de negro». Y yo le dije: «Sí, pero aún no formo parte de tu familia».

Para mí, el negro era el color más elegante que una podía llevar a los diecinueve años. Era un vestido de adulta. Yo era bastante pechugona por aquel entonces y todos se excitaban muchísimo. Aquella noche aprendí una lección. Recuerdo que conocí a la princesa Grace y lo maravillosa y tranquila que estaba, pero me pareció que bajo aquella apariencia corrían aguas turbulentas. Lo vi claro.

Fue una ocasión horrible. No sabía si tenía que salir por la puerta la primera. No sabía si debía llevar el bolso en la mano izquierda o en la derecha. Estaba aterrorizada. En aquel momento todo era muy confuso. Recuerdo muy bien aquella noche. Estaba aterrorizada, casi enferma de miedo.

COMPROMISO

Ocurrió en la guardería de Windsor. Echaba tanto de menos a mis chicas que quería volver a nuestro piso y sentarme y reírme con ellas, como solíamos hacer, y pedir ropa prestada y hablar de

tonterías, simplemente volver a mi caparazón seguro de nuevo. Un día tienes a los reyes de Suecia, que vienen a darte su regalo de bodas, cuatro candelabros de latón, y al minuto siguiente viene a verte el presidente de algún otro lugar. Me lanzaron a las llamas, pero tengo que decir que mi educación fue capaz de soportarlo. No es que me eligieran como a *My Fair lady*, me lo enseñaran todo y me dijeran lo que tenía que hacer. Sabía cómo reaccionar.

CONOCIENDO A CAMILLA

La conocí muy pronto. Me presentaron a su círculo, pero yo era una amenaza. Era una chica muy joven, pero era una amenaza.

.....
 Una vez lo oí hablando por teléfono [con Camilla] desde su cuarto de baño con su portátil, y lo oí decir: «Pase lo que pase, siempre te querré».

Sin embargo, siempre discutíamos sobre Camilla. Una vez lo oí hablar por teléfono [con Camilla] desde su cuarto de baño con su portátil, y le oí decir: «Pase lo que pase, siempre te querré». Después le dije que había escuchado la conversación y tuvimos una discusión muy desagradable. Cuando llegué a Clarence House, había una carta en mi cama. Era de Camilla y databa de dos días antes. Decía: «Qué noticia tan emocionante la del compromiso. Vayamos a comer las dos un día de estos, cuando el príncipe de Gales se vaya a Australia y Nueva Zelanda. Estará fuera tres semanas. Me encantaría ver el anillo, con mucho amor, Camilla» y eso fue ¡guau!, así que organicé la comida. Yo era muy inmadura y no sabía nada de celos ni de depresiones ni nada de eso. Tenía una vida estupenda como maestra de guardería y no sufría nada de eso. El trabajo podía ser cansado, pero nada más. No había nadie alrededor al que le dices pena. Así que almorzamos. Fue muy astuta. Me preguntó: «No sueles ir de caza, ¿verdad?». Yo dije: «A cazar, ¿cómo?». Y ella me dijo: «A caballo. Me refie-

ro a que irás a cazar cuando te vayas a vivir a Highgrove, ¿verdad?». «No», le contesté. «Solo era por saberlo», contestó ella, y pensé que para ella, esa era su forma de comunicación. Yo aún era demasiado inmadura para entender todos los mensajes que me llegaban.

De todos modos, alguien de su oficina me dijo que mi marido había mandado hacer una pulsera para ella. Es una pulsera que sigue llevando. Es una pulsera de cadena de oro, con un disco de esmalte azul. Tiene las letras G y F entrelazadas, «Gladys y Fred», pues eran sus apodos. Un día entré en el despacho de este hombre y le dije: «¿Qué hay en ese paquete?». Me dijo: «Oh, no deberías mirar eso». «Bueno, voy a mirarlo de todos modos», contesté. Lo abrí y había una pulsera. «Ya sé para quién es esto», contesté. Estaba destrozada. Fue dos semanas antes de casarnos. El hombre me dijo: «Bueno, se lo va a dar esta noche». Me puse hecha una furia con Carlos. «¿Por qué no puedes ser honesto conmigo?», le pregunté, pero, no, me dejó con la palabra en la boca. Es como si hubiera tomado su decisión y, si no funcionaba, no iba a funcionar. Había encontrado a la virgen, el cordero del sacrificio y, en cierto modo estaba obsesionado conmigo. Pero era una de cal y otra de arena. Nunca sabías de qué humor iba a estar.

Cogió el brazalete, el lunes a la hora de comer, y nos casamos el miércoles. Fui a ver a su policía, que estaba en la oficina, y le dije: «John, ¿dónde está el príncipe Carlos?», y me contestó: «Oh, ha salido a comer». Así que le dije: «¿Por qué estás aquí? ¿No deberías estar con él?». «Oh, iré a recogerlo más tarde», me contestó.

Así que subí, almorcé con mis hermanas que estaban allí y les dije: «No puedo casarme con él, no puedo hacerlo, esto es absolutamente increíble». Se portaron de maravilla y me dijeron: «Bueno, mala suerte, tu cara está hasta en los paños de cocina, de modo que es demasiado tarde para acobardarse». Al final le quitamos importancia.

[Sobre las impresiones del palacio de Buckingham.] No podía creer lo frío que era todo el mundo, cómo yo pensaba una cosa,

pero, en realidad, estaba pasando otra. Las mentiras y el engaño. Lo primero que me impactó fue que mi marido le enviara flores a Camilla Parker Bowles cuando tuvo meningitis. «Para Gladys de Fred.»

En nuestra luna de miel, por ejemplo, abrimos nuestras agendas para consultar unos asuntos y se le cayeron dos fotos de Camilla.

Nunca me ocupé de eso. Solo le dije: «Siempre debes ser sincero conmigo». En nuestra luna de miel, por ejemplo, abrimos nuestras agendas para consultar unos asuntos y se le cayeron dos fotos de Camilla. También durante nuestra luna de miel tuvimos una cena de etiqueta con el presidente Sadat [de Egipto] y se presentó con unos gemelos en la camisa que eran dos «C» entrelazadas como las «C» de Chanel. Lo capté en el acto. «Camilla te los ha dado, ¿verdad?». Me dijo: «Sí, ¿y qué pasa? Son el regalo de una amiga». Y vaya si tuvimos una pelea. Celos, celos totales, y eso que lo de las dos «C» era una buena idea, pero en cierto modo tampoco lo fue tanto.

Yo era la única que estaba aquí [cuando se planeó la boda] porque él se había ido de gira por Australia y Nueva Zelanda, y recordarás, por supuesto, la foto mía sollozando, con un abrigo rojo, cuando se fue en el avión. Pues no tenía nada que ver con su marcha. Antes de que Carlos se fuera había ocurrido un episodio de lo más desagradable. Yo estaba en su estudio hablando con él, cuando sonó el telefonillo. Era Camilla, que llamaba porque Carlos iba a estar de viaje durante cinco semanas. Pensé: «¿Soy amable o me quedo aquí sentada?». Así que pensé en ser amable y los dejé solos. Eso me rompió el corazón.

HIGHGROVE HOUSE

Carlos dijo que quería estar en los alrededores del ducado [de Cornualles], que solo está a unos quince kilómetros de la casa

de Camilla. Eligió la casa y yo fui a verla después. Era la primera vez que iba desde que la había comprado. Había pintado todas las paredes de blanco y quería que la arreglara, y eso que todavía no estábamos prometidos. Me pareció muy impropio, pero a él le encantaba mi gusto.

EL GRUPO DE HIGHGROVE

[El grupo de Highgrove] aparecía en distintos eventos, como la ópera, y después iba a Annabel's [un club nocturno]. El grupo lo formaban entonces Jeremy y Sue Phipps, Charlie y Patti Palmer-Tomkinson, Camilla y Andrew Parker-Bowles, Emilie y Hugh van Cutsem y Simon y Annabel Elliot, que eran el cuñado y la hermana de Camilla. Ellos eran los que llevaban la voz cantante. También hubo algunos de fieras.

Empecé a pensar: «Caramba, me parece que hablan de forma bastante extraña». Yo era muy normal, en el sentido de que decía lo que pensaba porque nunca nadie me había dicho que me callara. Iban todos bastante bebidos y se dedicaban, básicamente, a besarle los pies a Carlos. Yo pensaba que no debía ser bueno para nadie ser tratado de esa manera.

Después, el círculo se amplió. Otras personas han entrado y no son tanto una amenaza, en realidad son terriblemente amables conmigo. Me llevo muy bien con ellos. Pero los que estaban al principio son los que más ruido hacían.

Emilie van Cutsem era mi mejor amiga. Ella me habló de Camilla. Es formidable, muy franca.

DECORANDO DOS NUEVOS HOGARES

Dudley [Poplak] reformó la casa de mi madre hace diez años y ella y él siempre había sido amigos, así que la llamé y le pregunté: «¿Qué te parece?». Me contestó: «Claro, habla con él, ha sido maravilloso, muy leal». Elegí la decoración y tuve vía libre.